

María Madre de Dios

En el momento en que mi madre murió el verano pasado, todos los cuidados que requirió para su salud habían agotado el dinero que mi padre le había dejado. Para nosotros sus niños estuvo bien. Sabíamos que eso es lo que papá hubiera querido. Conozco a personas que heredan mucho dinero de sus padres, pero mis hermanos y yo heredamos cosas que el dinero no puede comprar: la fe, la familia, el amor, la educación y el deseo de servir a los demás.

Todos nosotros, los cristianos hemos heredado algo mejor que el dinero. Somos todos hijos de Dios. San Pablo hace este punto en su carta a los Gálatas. Él dijo que Cristo nació como uno de nosotros, para que recibiéramos la filiación adoptiva de hijos de Dios. Por medio del Espíritu de Dios clamamos: “¡Abbá, Padre!” Ya no somos siervos sino hijos, y porque somos hijos, somos herederos de la propia vida de Dios.

Escuchamos este pasaje hoy porque estamos celebrando a María la Madre de Dios, y este es el único lugar en todas las cartas de San Pablo donde habla de la madre de Jesús. Pablo escribió la carta a los Gálatas antes de que los evangelios fueran escritos, pero probablemente había oído hablar de la madre de Jesús. Aun así, la única referencia a ella en todas sus cartas es esta frase acerca de Jesús: “nacido de una mujer.” Es todo. Esa mujer, como sabemos, era María.

Dios escogió a una virgen soltera para ser la madre de su único hijo. Eligió a una mujer cuyo novio quería salir de la relación, una mujer que probablemente iba a ser el tema de mucho chisme. Pero a través de esta mujer, Dios se hizo como nosotros, y ahora a través de su Hijo, podemos llegar a ser más como Dios. Debido al sí de María, nos hemos convertido en hijos de Dios, y hemos heredado algo mejor que el dinero, la vida eterna.

No todo el mundo se lleva bien con sus padres. No toda la gente conoce a sus padres. Pero nuestros padres nos han dado más de lo que nos damos cuenta. Al iniciar este nuevo año, podemos pensar en la esperanza y los sueños de nuestros padres, sus valores y preocupaciones. De alguna manera, a través de ellos nos hemos convertido en lo que somos. Estamos abiertos a la más grande herencia de todas, la vida en Jesucristo.